



Finalista del II Certamen  
de literatura “Miguel Artigas”

## Vicente Fernández Saiz

Nací en Reinosa, pero a los pocos meses me trasladaron a Bustillo del Monte, un pueblecito perteneciente al valle de Valderredible, al sur de Cantabria, uno de los valles más despoblados de la Comunidad y donde nació mi madre. A los 10 años volví a Reinosa y a partir de ahí vinieron las obligadas salidas a Santander y a Salamanca para realizar estudios de magisterio y ciencias de la educación respectivamente. Luego llegó el trabajo, el matrimonio y mis dos hijos. Actualmente vivo en Colindres y trabajo en Laredo como orientador Escolar en el colegio público “José Antonio”.

Hace tan solo tres años decidí probar suerte en el arte de juntar letras, animado por los diferentes certámenes literarios que animaban a la concurrencia a hacer sus pinitos en el tema. Me decidí por el relato corto porque nunca he creído que fuese capaz de empresas mayores. Pronto vinieron algunos premios y los ánimos y felicitaciones de aquellos que me conocían. Todo esto ha hecho que, en mis ratos libres, deje un espacio para la creación literaria, porque el escribir ha pasado de ser una afición a formar parte de un hábito casi diario.



# El fruto del encuentro

Vicente Fernández Saiz

*¡Oh amor! ¡Oh vida! ¡No hay vida, sino amor en la muerte!*

– Romeo y Julieta. Acto IV, escena V –

## **Sábado 13 de Octubre**

Cuando lees estas letras, que a lo largo de estos días intento desgranar, ya me habrás encontrado. Estoy segura de que esto no será lo que esperabas, pero yo habré cumplido mi promesa y tú no habrás dado el viaje en balde. Míralo por el lado bueno. Quizá esta sorpresa sirva para dar un nuevo enfoque a tu artículo y te dejen presentarlo como algo más atractivo que un reportaje de dos páginas en un suplemento dominical. Puedes añadirle los detalles que creas oportuno, al fin y al cabo, yo no tengo intención de leerlo.

Te estarás preguntando el porqué de todo esto. Es posible que hayas pensado que tantos años conviviendo con la soledad de las montañas me han vuelto loca. No es eso. Es más sencillo de lo que puedas imaginar. Cuando una está tanto tiempo aislada del mundo, sin hablar y sin ver a nadie, acabas por inventarte tus propios fantasmas y, lo que es peor, terminas creyendo que son reales. Pasado y futuro se confunden formando una amalgama en la que es difícil delimitar dónde está el ayer y cuál será el mañana. Todo es igual, monótono, cíclico, repetitivo; no hay lunes, ni domingos, ni fiestas de guardar. La noción del tiempo no está delimitada por los días, ni por los acontecimientos. Viene dada únicamente por la metamorfosis de la naturaleza y los estados de ánimo inherentes a sus brutales cambios: la tibieza del cuerpo y el color violento de la primavera, que excita y alcanza los sentidos como una llamarada; el calor seco y estancado de las tardes del verano, que agosta la vida y anega el ánimo y las fuerzas; los viejos aromas perdidos que extraen de las entrañas de la tierra las densas lluvias del otoño y la soledad y el silencio de la nieve que impone el rigor invernal.

A pesar de todo esto, siempre he tenido muy claro que no abandonaría este lugar. Mientras me quedase un soplo de vida resistiría. Pero los soplos son difíciles de mantener cuando el tiempo va metiendo en el saco del olvido lo mejor de los recuerdos y el esfuerzo continuado y anónimo, que año tras año realizas para recuperar la memoria de los momentos felices de antaño, va minando las ganas de vivir. Cada día que pasa la nostalgia va ocupando más espacio en mi solitaria vida y me estoy dejando corromper por esas ausencias a las que llamamos recuerdos. No me queda más remedio, para llenar tanto hueco insaciable, que agarrarme a las imágenes del pasado y aferrarme a los sueños. Al fin y al cabo, desde que salió a la luz la verdad sobre la inocencia de Demetrio, yo ya no tengo futuro. Vivo en un presente prestado, atada a un destino a quien ya nada pido y que nada me exige, pero que ha imprregnado mi existencia de fantasmas y de muertos, reteniendo alevosamente el final de mis días.

### **Domingo 14 de Octubre**

Intentar resumir en unas líneas aquello que pueda serte más interesante, no va a ser tarea sencilla. Pero si tengo que empezar por algún sitio, lo primero que se me viene a la memoria es el Prado del Monte. Está situado a un kilómetro de aquí, por el camino que da al norte. Es un recorte verde, tendido como una colgadura a medio escurrir, que acaba en una lamosa siempre húmeda donde un roble hace de pórtico a la entrada del arroyo. Allí, unas lanchas negruzcas y refrotadas se dejan azotar por el galope salvaje de las aguas –que ya en otoño bajan bravas– y forman al chocar contra las rocas, en los pequeños desniveles que jalonan su lecho, cascadas de espuma blanca, como si fuesen botellas de cava recién descorchadas. Y la otra orilla empieza el paraíso: el monte de hayas moteado con algunos serbales y arces. Lo integran un ejército de gigantes de pezuñas negras y patas altísimas y lisas, que por esta época se visten como si celebrasen su particular carnaval de colores, antes de enfrentarse a la penitencia cuaresmal de las primeras heladas. Sus hojas, que días antes eran de un verde intenso, ahora, privadas de clorofila, se transforman en el cortejo fúnebre más bello del mundo: amarillos, dorados, anaranjados, rosados, carmines, encarnados, cobrizos, marrones, verdosos y pardos juegan con los rayos del sol, que desgarran el follaje como flechas incendiadas, y se estrellan contra un suelo que parece una enorme fragua plagada de brasas incandescentes.

Era nuestro lugar favorito. Cuando vengas tienes que ir a visitarlo. Si puedes sacas unas fotos porque estoy segura de que quedarán muy apropiadas para tu reportaje.

Muchas tardes acompañaba a mi marido hasta el roble y después él se adentraba en el monte buscando hierbas y plantas medicinales. Nada más volver, y casi sin mediar palabra por mi parte, empezaba a hurgar en su enorme capazo. Sacaba siempre con satisfacción, y como si estuviese dándome una sorpresa, lo que había encontrado. Iba nombrando entusiasmado la lista de todo lo cosechado y mecánicamente asociaba cada planta o hierba a las personas o males a quienes iban dedicadas: *“Dientes de león para el reuma de Ernesto y Fidela; grosella negra para las diarreas; caléndula para las contusiones; malvavisco, que ya apenas me queda, y ya sabes que lo de las quemaduras es lo que más me demandan; milenrama para la gastritis; hojas de abedul para la artritis y flores de saúco, que mira que tiernas están, para ponerlas mañana empanadas”*.

Después, cuando yo hacía un gesto de complicidad con su entusiasmo, las recogía teniendo mucho cuidado para que no se estropeasen y nos quedábamos unos minutos allí, porque estaba claro que ninguno de los dos teníamos ganas de regresar. Nos adentrábamos en el monte o simplemente observábamos cómo los tordos, que habían hecho del roble su lugar de cobijo, picoteaban las bayas de muérdago que habían invadido el árbol.

En mis recuerdos de esos días también estaba el frenético ajeteo que se traía al llegar a casa. Quitaba la tierra o el polvo a las plantas, las lavaba rápidamente, las extendía sobre una tela o las ataba en ramos y las dejaba colgadas. Sabía muy bien la manera de actuar con cada una de ellas: las de fuerte aroma había que separarlas de las demás; las flores necesitaban secarse rápidamente, sin luz solar; en cambio, las raíces y las cortezas necesitaban estar al sol. Más adelante las almacenaba en frascos de vidrio en un cuarto seco y cálido que había habilitado para ello.

Y es que el conocimiento de las propiedades de hierbas y plantas y su aplicación en la curación de enfermedades llegó a ser su forma de vivir; la única manera de sentirse satisfecho con lo que hacía. Cambió incluso la casa y en una de las habitaciones colocó numerosas alacenas y estanterías donde almacenaba los frascos que cuidadosamente iba etiquetando. Se había convertido aquella estancia en una lista de nombres de enfermedades ordenadas anárquicamente: resfriados, migrañas, cistitis, quemaduras, hipertensión... Junto a cada una de ellas había un casillero donde estaban la genciana, la corteza de sauce blanco, el espino albar, las hojas de abedul, el árnica, la caléndula, las barbas de capuchino, las hierbas de San Juan, la valeriana y un sin fin de remedios naturales que sabía aplicar perfectamente por medio de infusiones, cocimientos, maceración, cataplasmas, inhalaciones, gargarismos, baños, aceites, compresas, jugos frescos, pomadas, friegas o tisanas.

## Lunes 15 de Octubre

Llegamos por primera vez a Casar poco después de casarnos. Él trabajaba de cantero, pero en los ratos libres ya se dedicaba por entonces a la curación por medio de hierbas y plantas, afición que heredó de su madre ya muerta.

Un día que le contrataron para hacer la fachada de la nueva casa-concejo de Valderrojas, el pueblo vecino, aprovechó la ocasión para vender algunas de sus hierbas. Allí, un vecino de Casar que le vio, le dijo que si podía ir a echar un vistazo a su mujer que tenía una herida que no acababa de cicatrizar. Al llegar al pueblo se encontró con lo de la hija de la Trini. Y es que una pobre criatura, de poco más de un año, se había abrasado al derramársele a su madre la totalidad del agua que estaba hirviendo en el puchero. El vecino que le había llevado hasta allí tuvo la buena ocurrencia de acercarle hasta la casa de la desdichada niña, que tenía parte del cuello y el pecho en una pura ampolla y lloraba sin consuelo. Las vecinas se arremolinaban a la entrada de la habitación y cada una iba dando consejos, a cada cual más dispares, pero todas estaban de acuerdo en que iba a quedar marcada de por vida. La madre, que estaba atacada de los nervios, no hacía más que dar gritos a unos metros de la cuna. Maldecía su mala estampa por el desgraciado accidente. Nadie se opuso a que le echara un vistazo y antes de que llegaran a darse cuenta de su presencia, ya estaba dando las órdenes pertinentes. Mandó que cortaran un trozo de tela limpia para aplicar unas compresas y que hirvieran en un litro de agua unas raíces que él les dio. A continuación, sacó del zurrón un frasco de cristal que contenía una pomada amarillenta y la extendió con suavidad por la zona quemada. Cuando llegaron las compresas, empapó una de ellas en el agua hervida y, una vez que se enfriaron, se las puso encima del ungüento. Indicó a su vez a la madre, que ya se había acercado, que no se lo quitaran en un par de horas para que el agua de raíz de malvavisco fuese absorbida por la piel. Cada quince minutos debían ponerle otra nueva compresa humedecida con el extraño líquido. Esto, según él, ayudaría a quitar la piel abrasada y la pomada de hierbas de San Juan, que anteriormente había aplicado, regeneraría con el paso de los días una nueva. El remedio pareció ser de la más eficaz, pues al instante la niña dejó de llorar. A las pocas semanas ya no tenía ni rastro de las quemaduras. El único tema de conversación de las gentes del lugar fue la aparición de Demetrio y la prodigiosa curación de aquella pequeña. Las reiteradas visitas que tuvo que hacer para seguir la evolución de la niña, hicieron que poco a poco se fuese prendiendo de la belleza de sus parajes y de la amabilidad de sus gentes, que pronto

cambiaron la indiferencia inicial por el aprecio y la confianza. Comprobó que sus campos y montes podían surtirle de toda clase de plantas y que los vecinos iban progresivamente demandando nuevos servicios. Era como si de repente los males de aquellas personas hubieran decidido salir a flote al mismo tiempo, aunque en realidad lo que pasó fue que por primera vez alguien se preocupaba verdaderamente de ellos.

Cuando, pasados algunos meses, Demetrio me dijo que le gustaría que fuésemos a vivir a Casar, no hizo falta mucha insistencia por su parte para que yo aceptase.

En un principio vivimos en una casa alquilada, pero con el paso del tiempo fue construyendo ésta que ahora ves. Fue él quien quiso que estuviera en las afueras del pueblo, porque así estaba más cerca del monte.

En pocos años su fama como curandero recorrió todo el valle y atravesó las montañas, hasta las ciudades de alrededor. Venía a verle, incluso, gente de dinero y llegó a tener un moderado prestigio. La publicidad que hacían sus propios pacientes, hizo que decidiera dejar una buena parte del día a atender a la nutrida clientela que iba en aumento y cada vez eran menos los ratos que se dedicaba a la cantería. Nunca pretendió aprovecharse económicamente de la situación. Cada uno pagaba lo que creía conveniente, acomodándolo a sus propias posibilidades. Así había quienes lo hacían en especies: nunca faltaron tarros de miel, embutidos, mermeladas, gallinas ponedoras, carne de matanza e innumerables donaciones más; quienes daban dinero y hasta quien simplemente lo solucionaba con un gracias, que también era bien recibido.

Fueron quince años en los que los días y las noches se sucedían atropelladamente en mutua felicidad y yo permanecía presa de su influjo, como mariposa prendida en la oscuridad de la noche por la tibia luz de las llamas.

## **Martes 16 de Octubre**

No me va a ser sencillo contar lo que ocurrió aquel Noviembre de hace ya 35 años. Muchas veces, cuando cierro los ojos y me concentro en aquellos momentos, es como si dentro de mí encontrara un túnel oscuro. Siempre me ha dado miedo adentrarme en esa negrura que dan luz a las imágenes de aquellos días. Pero hoy necesito hacer un esfuerzo para sacar del olvido los sucesos que supusieron la derrota de un hombre, a quien no dieron tiempo para prepararse ante tan dura prueba.

Nunca Demetrio, ni en los momentos de más trabajo, daba la impresión de estar rendido. Sin embargo, aquel maldito otoño empezó a sentir un agudo dolor en un costado y una especie de ahogo acompañaba de continuo el mínimo esfuerzo que realizaba. Él, tan dedicado siempre a los demás, no reparó ni por un instante en que esos primeros síntomas eran ya el final de un tumor maligno, que tan traidoramente escondió sus avisos hasta los últimos meses. Pensó que todo era debido al polvo de la piedra que a lo largo de los años había tragado en sus tareas de cantero, por lo que decidió dejarlo por una temporada. Pero no era eso. La enfermedad le había sorprendido agarrado aún a la flor de la vida, como una espiga a medio granar, y cuando quiso reaccionar fue ya tarde. A las menguadas ganas de andar y de hacer cualquier actividad, se unió un respirar torpe y jadeante acompañado de un silbido que brotaba ante su costoso hilvanar de palabras.

A pesar de todo, continuaba recibiendo visitas de personas que venían hasta nuestra casa para encontrar remedio a sus dolencias. Restringió las consultas a dos tardes semanales y atendía casi exclusivamente a aquellos pacientes que presentaban quemaduras –su pomada seguía siendo lo mejor que se conocía para las pieles abrasadas– y a las enfermedades de las mujeres, de las que siempre decía que la pobreza y el machismo egoísta de los hombres de los pueblos no les había dejado ni tiempo para quejarse.

Pasaban los días y como las tisanas hepáticas a base de hierbas de diente de león y frutos de cardo borriquero no aminoraban su mal, pasó directamente a realizar cataplasmas de hoja de berza y de malvavisco. Con ello pretendía que los dolores que frecuentemente sufría se vieran disminuidos. Se tiraba muchos ratos echado en la cama, esperando sufrida y calladamente a que se secara el emplaste para mudárselo y aplicarse uno nuevo.

Por las noches, llegó un momento en que los silencios alargados de su entrecortada respiración, parecían subir por mi cuerpo y atravesarme el hígado, las costillas y el cuello, hasta coronar la cabeza, donde quedaban suspendidos como un interrogante. Eran silencios preñados de dolor que esperaban el alumbramiento de un nuevo jadeo, que delatará que aún seguía con vida. Y lo peor era que yo no podía permitirme el lujo de que él detectara mi preocupación, ese ánimo vigilante al que me arrastraban sus achaques; no me bastaba con sufrir, tenía que disimular.

No debió tardar mucho en darse cuenta de la situación real del mal que padecía, porque un día, sin decir nada, cambió radicalmente el tratamiento y empezó a realizar decocciones de hojas de muérdago, que tienen efectos necrosantes sobre ciertos tumores. Cuando yo intentaba hablar del tema –no era

muy partidario de que utilizara dicha planta pues tenía el inconveniente de que es hipotensor y relanzador del ritmo cardiaco— él sabía distraerme con malabarismos de palabras y siempre terminaba por llevarme a su terreno, que también era el mío: el terreno de la confianza en la naturaleza, en sus frutos, en los paseos hasta el Prado del Monte.

Todos sus gestos expresaban tal energía, una determinación tan honda de aferrarse a la vida, que se diría que no hacía sino luchar contra la muerte con tanta fe, que era imposible creer que ésta pudiera derrotarle. El golpe definitivo no vino, como era de esperar, de la propia enfermedad; fue uno de sus pacientes quien aceleró el final de sus días.

Una tarde, que yo volvía de buscarle unas plantas que necesitaba, encontré por el camino a la pareja de la guardia civil que acompañaba a un hombre y a una mujer, cuyas caras me resultaban conocidas. Habían estado hace poco en la consulta de Demetrio, porque la mujer, que acababa de dar a luz, tenía poca leche para dar a su hijo recién nacido. Mi marido le había aconsejado que tomara decocciones de semillas de hinojo, que daban buen resultado para estos casos. Al cruzarme con ellos, me fijé especialmente en el matrimonio y sus caras adustas y poco amigables me sorprendieron. Estaba seguro de que ellos me habían reconocido y me extrañó su actitud tan distante.

Cuando entré en casa encontré a Demetrio acurrucado en el suelo. No era capaz de articular palabra alguna y en su mano sostenía una cuartilla a la que parecía no quitar ojo.

Fue todo tan miserable y rastrero que era increíble que tal cosa pudiera ocurrir. El papel que sujetaba era una denuncia. A la mujer con dificultades para obtener leche le había salido una erupción en un costado y aseguraba que era debido a las decocciones de hinojo que había tomado, por lo que decidió denunciarle por estafa e intrusismo profesional. De nada sirvió que les dijera que lo que había recetado era inocuo a la piel y que la erupción, que tanto le molestaba, tenía toda la pinta de ser un herpes. Incluso cuando, con toda la buena voluntad del mundo, les comentó que él podía preparar algo que aliviará el dolor, ellos insistieron aún más para que se llevara a cabo la denuncia que iba firmada por su médico de cabecera.

La guardia civil, que tenía conocimiento de las actividades de mi marido y sabía el bien que había causado con sus plantas, tomó como determinación salomónica —no les quedó más remedio— el prohibir que realizara dichas actividades y requisar todo lo que encontraran en la habitación donde preparaba sus remedios. De esta forma, la dichosa denuncia quedó archivada.

Fue, como te he dicho antes, el golpe definitivo. A partir de la prohibición de usar sus plantas no levantó cabeza. Se le veía desvaído, con la mirada perdida en el espacio y toda la fortaleza y las ganas de vivir que había demostrado hasta entonces, se aventaron como parvas.

Un día, cuando ya apenas salía de casa, me pidió que le acompañara hasta el Prado del Monte. Tuvimos que parar numerosas veces por el camino y cuando por fin llegamos y nos sentamos bajo el roble, sus piernas parecían negarse a dar un paso más. Me mandó ir en busca de malvavisco para hacer cataplasma para los dolores y, cuando regresé, le encontré comiendo bayas de muérdago. Aunque los dos pretendíamos dar un acto de cotidianidad a lo que estaba ocurriendo, sabíamos lo que ello podría significar. Sólo me quedaba la duda de saber si intentó aferrarse a las propiedades de aquel fruto, como la última tabla de salvación o si decidió que era mejor salir a buscar la muerte, que esperar a que ella le encontrase.

Nunca lo supe con seguridad.

### **Miércoles 17 de Octubre**

Cuando me quedé viuda, vestí mi corazón de luto y fue como si se me hubiera cerrado el paso al mundo. A partir de entonces no entendí las claves por las que se comunicaba, pues Demetrio fue siempre mi intérprete.

Nada de lo que sucedía fuera de la casa y de mis montañas me interesaba. Todo se derrumbó para mí: la ilusión, el placer, la ternura y las ganas de vivir. Empezaron a crecer en mi corazón unas fuerzas oscuras, terribles, que sólo clamaban venganza. Aunque fui consciente de ellas, en una larga temporada no pude hacer nada para mitigarlas. Mi voluntad era como un puñado de hojas al arbitrio de un viento tumultuoso. Convertí mi existencia en un maniqueísmo de demonios y de ángeles. Al primer grupo pertenecían las personas que de una o de otra forma estuvieron implicadas en lo de la denuncia: el hombre aquel de papada grande, su mujer con el herpes y el médico que nunca conocí; pero también, la pareja de la guardia civil y los hombres y mujeres que encontraron, en el conocimiento de Demetrio, el consuelo y remedio a sus males y no fueron capaces de alzar la voz en su defensa. Seguramente no habría servido de mucho, pero con su cobardía dieron la razón a quienes sabían que no la tenían. En el segundo grupo quedaban la casa, el pueblo, el Prado del Monte y el hayedo. Por eso, cuando al poco tiempo de su muerte un rayo destruyó por completo el roble –nues-

tro roble— dediqué todo mi empeño a plantar otro. Lo mimaba igual que a aquel hijo que nunca tuvimos: comprobaba sus avances, cómo reverdecían sus hojas y cómo respondía al estímulo de mis cuidados.

A medida que él crecía, el pueblo iba quedándose vacío. Cada vez eran más las casas que cerraban sus puertas, porque sus habitantes decidieron ir en busca del maná que ofrecían las ciudades.

Los últimos, Tano y Consuelo, lo abandonaron hace ya diez años, allá por San Martín. Ellos, como yo, intentaban resistir. La jubilación de Andrés, el vendedor ambulante que con su vieja furgoneta venía todos los martes hasta el pueblo, aceleró su destierro. No estaban dispuestos a tener que bajar hasta Valderrojas para aprovisionarse de víveres. Allí, aún venía el pescadero, el carnicero y el panadero dos veces por semana. Aquí, sin embargo, ninguno de ellos veía productivo dejar las llantas por la machacada carretera, para acabar sacando tres duros de beneficio. ¡Es triste!, pero los tiempos modernos, tan egoístas e insensibles, están reñidos con el romanticismo.

Aún recuerdo la última vez que los vi. Fue el día de todos los Santos, en el cementerio. Querían aprovechar dicha festividad para despedirse de los suyos. Aquel día, viendo las tumbas arregladas y desprovistas de hierbajos, me di cuenta de que ya no quedaría nadie para darme sepultura junto a mi marido. A lo mejor te parece una tontería, pero fue ese detalle, y no el hecho de quedarme sola, lo que me hizo tomar conciencia de mi soledad.

Tano intentó convencerme para que yo hiciera lo mismo que ellos. Me buscaba soluciones para lo que él consideraba que era mi problema: una vivienda en Valderrojas, así no estaría muy lejos de casa; una residencia de ancianos y algunas cosas más. Yo me limitaba a callar, reacia a entrar en su juego. ¡Cómo podía explicarle que fuera del pueblo el aire me parecía demasiado denso, que me ahogaba en él, al igual que una planta arrojada lejos del pedazo de tierra que le ha dado la vida!

Aquella noche no pude dormir. Es curioso, no tendría por qué ser diferente a las demás; al fin y al cabo, a Tano y a Consuelo les veía casi exclusivamente el día que venía Andrés, pues apenas salía de casa y ellos vivían en la otra punta del pueblo. Pero el sentimiento de soledad está más en la cabeza que en la ausencia real de las personas físicas que te acompañan. Ni siquiera me acosté en la cama. Al atardecer encendí el fuego y me quedé recostada en el escaño que tenía junto a la chimenea.

Era una situación diferente a la de los primeros días que siguieron a la muerte de Demetrio, porque por primera vez llegó el miedo. ¡Qué malo es el miedo cuando va de la mano del silencio más abso-

luto, del abandono!; pero sobre todo, cuando uno toma conciencia de que en los próximos días no te vas a encontrar a nadie con quien hablar, a nadie ante quien disimular tus inquietudes y que éstas se te van a ir pegando al cuerpo hasta formar una segunda piel.

Recuerdo que a la mañana siguiente de su marcha no tenía ningún motivo especial para acercarme al pueblo, pero una fuerza indescriptible tiraba de mí y acabé deambulando por sus calles. Allí, una espesa niebla emponzoñaba todas las casas, como si se hubiera dado cuenta de la indefensión en que habían quedado. Me puse a dar voces intentando ahuyentar a aquel invasor que parecía querer tomar posesión de sus dominios: “¡Volverán! –grité mientras daba manotazos al aire–. ¡Volverán cuando llegue el verano! ¡Tano y Consuelo volverán a pasar unos días!”.

¡Nadie regresó al pueblo en estos diez años! Yo seguí bajando los martes y aunque sabía que la camioneta descolorida de Andrés no aparecería, necesitaba demostrarle a todos que seguía allí. Pronto me di cuenta de que el hecho de saber que no iba a ocurrir nada, en vez de tranquilizarme me desesperaba. Pero diez años son muchos años para vivir adobada con la angustia; aprendí a ignorar su presencia y me refugié en los recuerdos de Demetrio.

### **Jueves 18 de Octubre**

En estos diez años de monotonía, y sin tener en cuenta tu visita, hubo solamente dos hechos importantes que contar. Ambos fueron recientes y como verás más adelante, han tenido una gran trascendencia en el desenlace de toda esta historia.

El primero que quiero narrarte, aunque fue el último en el tiempo, ocurrió este año, el día de San Pelayo. Lo sé muy bien porque ese martes era la fiesta del pueblo. Desconozco qué tienen este tipo de celebraciones, pero es así como se llega a viejo, midiendo la vida por las fiestas mayores, recordándolas años tras años y muriéndose en ellas poco a poco, sin saber por qué se inician y por qué se mantienen.

Dada la situación en la que me encontraba, casi nada podía hacer yo para continuar la tradición. No era cuestión de sacar al santo en procesión, ni de tirar cohetes. Así que mi única celebración consistía en cocinar un plato a base de flores de saúco empanadas acompañadas de compota. Demetrio me enseñó a prepararlas y yo siempre se las hacía ese día. Aunque a partir de su muerte nunca me supieron igual que cuando él estaba, decidí no perder esa costumbre.

Pero volvamos a la historia que quería contarte. Estaba yo en la pared de la iglesia cuando oí un ruido de un coche. Solía ser normal que en verano, de vez en cuando, algún excursionista aventurero se llegara hasta aquí, pero también era verdad que la mayoría de las veces lo hacía a pie, ya que la carretera estaba en muy malas condiciones. Así que, ante tan inusitada visita, me acerqué hasta la entrada del pueblo con la curiosidad de saber quién había tenido semejante osadía. Me escondí detrás de la hornera de Anselmo, que hacía tiempo se había convertido en un montón de piedras invadidas por la maleza, y vi cómo de un todoterreno bajaba un hombre joven que parecía buscar con la mirada algún indicio de presencia humana. Por la expresión de su cara no parecía tenerlas todas consigo, pues seguramente el panorama que divisaba le debía dar a entender que el último habitante de semejantes lares había salido corriendo hacía ya muchos años. Le dejé que se diera una vuelta por las deshabitadas calles y cuando volvía me hice la encontradiza. Al acercarme a él, su cara me resultó conocida. En unos segundos mi mente rebobinó el tiempo pasado –más de 30 años– y di con la clave adecuada. Ese rostro de tez blanca y cuello con papada era el mismo que el del señor que denunció a mi marido por las decocciones de hinojo. Tirándole de la lengua me enteré de que venía buscando a un hombre que le habían dicho que era capaz de aliviar los dolores que le producía un herpes, que tenía extendido por todo el costado izquierdo. Había visto padecer a su madre del mismo mal y tenía metido el miedo en el cuerpo.

No podía haber dudas. Aquel joven era el hijo a quien su madre no podía amamantar y estaba claro que no le contaron la verdad o él no se atrevió a decir todo lo que sabía. Lo que sí parecía cierto era que debía estar muy fastidiado para llegar hasta aquí.

A medida que iba relatándome su historia, el equilibrio que había presidido desde siempre mis relaciones con los demás, e incluso con la naturaleza, se había visto descompuesto de improviso y esa falta de armonía en mi existencia, que había luchado tan denodadamente por ser ante todo sosegada y cabal, estaba sacando en mi interior un sentimiento ya olvidado hace mucho tiempo: el odio. Por un instante vi en aquel joven el causante de todos estos años de soledad, de agonía viviente y pensé en prepararle el castigo adecuado. Gozaba pensando en ello. Por eso le dije que yo conocía a ese hombre y, que aunque ya había muerto, si volvía la semana siguiente le prepararía un remedio para sus males. Estaba seguro de que regresaría. Aquel joven iría al fin del mundo con tal de encontrar un poco de consuelo a tanto dolor, y si lo que estaba buscando era algo que le hiciera olvidarse de ese sufrimiento, yo conocía la receta adecuada.

Más tarde, cuando ya a solas pensé sobre lo sucedido, y el tiempo fue desbrozando aquellos primeros sentimientos de ira, comprendí que él no tenía la culpa. Es más, gracias a su visita, había salido a flote la verdad y la prueba irrefutable de la inocencia de Demetrio. No es que yo la necesitara, no. Pero aquel día comprendí las palabras que mi marido me dijo cuando, tras la denuncia, me vio con sangre en los ojos pidiendo más que justicia, venganza: *“Si una mentira te hiere, no pasa nada. Algún día cuando se descubra que se trata de una de tantas mentiras, se acabará el dolor. Lo malo son las heridas de la verdad, porque verdad no hay más que una y no hay bálsamo que mitigue el daño causado”*. Seguramente lo que no pensaba él es que la verdad estaría tantos años escondida y que para cuando saliese ya no habría nadie a quien relatársela. A pesar de todo, ese día bajé al pueblo y conté a sus calles lo ocurrido. Seguramente por allí vagaría el espíritu del incrédulo Celso... y el de Justina... y el Fidela... y el de todos aquellos que callaron y no se atrevieron a levantar la voz en contra de tamaña infamia.

Al cabo de una semana volvió. Yo, que en un principio había pensado en darle un zumo con las bayas de belladona –son venenosas– cambié de opinión y le hice algo menos peligroso. Le preparé un cociamiento a base de hojas de arraclán, corteza de fresno y de saúco, con la seguridad de que le iban a entretener por unos días. Cuando tomara las primeras cucharadas, la preocupación de no alejarse mucho de la taza del water, debido a la diarrea galopante que iba a agarrar, le harían olvidar por completo los problemas del herpes. Y si lo que quería era “aliviarse”, a buen seguro que iba a quedar “aliviado” para una semanita.

### **Viernes 19 de Octubre**

El segundo hecho vino meses antes. Aún no había entrado el invierno y aquel día la tarde no había dejado ningún signo de nieve. Sin embargo, a eso de las siete ya caía con toda la cachaza del mundo, espesa y poblada, con ese aire traidor que tiene el andar del gato. A los pocos minutos había llegado a ese extremo en que no se resigna a ceder, porque conquista la convicción de que dominará el espacio y someterá voluntades. Las horas transcurren entonces vacías, sin más cambio que el nombre de las mismas y parecen sentirse ufanas y cumplidas con tan insignificante aportación. Se alcanza en ese momento una sensación primitiva difícil de describir. Se unen la soledad con el silencio y un sentimiento mágico de ensueño parece detener el tiempo. Mientras, la mirada se diluye entre la ingravidez

de los copos vistos a través de la ventana y la misticidad de las pavesas que salen del fuego de la cocina. Son esos ratos los más propicios para que la mente se deje llevar por el mundo de los recuerdos y el duermevela, en que acabas cayendo, arrastre ante ti jirones del pasado envueltos en sueños incongruentes.

Pues bien, al despertarme de una de esas ausencias momentáneas en el escaño de la cocina, se presentó ante mí una figura en todo semejante a Demetrio. Aparecía y desaparecía sin decir nada. Lo más que llegaba a hacer era un ademán con la mano para que me acercara. Cuando una de las veces intenté hacerlo, su imagen se desvaneció como una pompa de jabón. Esta situación se repitió todos los días, hacia la misma hora, durante la semana completa que estuvo nevando.

Aproximadamente un mes más tarde –una mañana de madrugada– al despertarme, miré a mi alrededor y la habitación había adquirido una definición extraordinaria. Todo parecía estar cargado de existencia, como si por un instante hubiera tenido la clarividencia de poder ver el oculto diseño del más allá y pensé: *“esto debe ser el primer estadio que hay tras la muerte; he muerto mientras dormía y no me he enterado”*. Y es que de nuevo la imagen de Demetrio apareció, pero esta vez era más real, con más presencia. Fue él quien se acercó hasta mí y tocó mi mano.

Aquella sensación de cercanía, de contacto con su piel, me devolvió la atracción física que en vida había experimentado hacia él y que hacía tanto que no sentía. No era su rostro, sino la fuerza irresistible que desprendía su semblante y que me daba la energía necesaria para hacer de cada día un estado de permanente y contenida embriaguez. Era la misma energía que supo transmitirme a mí y que a partir de su muerte fue también falleciendo poco a poco.

Agarrado a mi mano, parecía caminar por la estancia sin apenas rozar el suelo con los pies, mientras yo le seguía torpemente. Me llevó hasta la ventana y señalándome hacia el monte me dijo: *“Han vuelto los tordos; los tordos que estercolan nuestra unión”*. En ese instante desapareció.

Este tipo de ensoñaciones se renovaban cada vez más a menudo. Lo curioso es que siempre acababan con la frase de los tordos. Al terminar la visión sentía un gran vacío en mi interior. Deseaba que se prolongase y que de una vez por todas me dejase ir con él definitivamente. Había veces en que me negaba a abrir los ojos para así evitar que aquellos momentos se terminaran.

Te cuento todo esto porque a partir de ello empecé a desear la muerte. Estaba segura de que morir consistía en volver a recuperar la memoria de todo lo sentido anteriormente y a mí el destino ya me

había dejado envejecer más de lo que merece la pena vivir. Estuve durante muchas noches dando vueltas a la cabeza lo que podría significar aquel sueño. Tenía la certeza de que, al igual que en el pasaje bíblico de las vacas gordas y las vacas flacas que tantas veces oímos contar a don Faustino –el viejo cura del pueblo–, la frase de los tordos encerraba alguna predicción.

### **Sábado 20 de Octubre**

Esta mañana parecía que no acababa de amanecer. Daba la impresión de que había que meterla a empujones para que pudiera atravesar la neblina que encapotaba el cielo.

A pesar de lo temprano que es llevo ya muchas horas despierta. He pasado la noche con aires en el estómago, en la boca un sabor agrio y la pierna adormilada. Me cuesta cada vez más respirar y parece como si el suelo se me escapase entre los pies y me hubieran envuelto el cuerpo en plomo. A duras penas puedo seguir escribiéndote, pero necesito terminar ya mi dilatado relato. Pasado mañana llegarás y quiero que encuentres todo en orden y finiquitado. No me gustaría, a estas alturas de mi vida, perder la formalidad de la que siempre me he enorgullecido.

La verdad, quién me iba a decir a mí que iba a aparecer un periodista al que le interesase lo que una mujer solitaria, que vive aislada en las montañas, pudiera contarle. La semana pasada, cuando llegaste y me propusiste entrevistarme y hacer unas fotos del pueblo, te dije que no había problemas para ello, aunque sigo sin entender qué pueden encontrar tus lectores de interés en mi historia. Por una parte, hasta me pareció bien la idea. Hacía ya más de 15 días que no bajaba hasta Valderrojas y no me vendría mal hablar con alguien. Además, en ese pueblo hace ya tiempo que me toman por una vieja loca y huraña y cuando voy me limito únicamente a comprar lo que necesito y punto.

Te juro que en un principio no había maquinado, ni por lo más remoto, todo lo que te vas a encontrar. Fue precisamente durante la noche, mientras pensaba lo que te iba a relatar, cuando me di cuenta de que tu presencia podría serme de gran provecho; es más, decidí que fueses tú quien solucionara el único problema que ya ahora me corroe. Perdóname por el atrevimiento, pero considéralo como el pago a los servicios prestados.

Todo empezó el día que fui a buscar las plantas para el jarabe que aliviaría el herpes de aquel pobre joven. Al acercarme al arroyo para ver si había arraclán –crece en las zonas húmedas y en la parte inferior del prado del Monte solía haberlo– me senté un poco debajo del roble. Enseguida me aperci-

bí de que había algo diferente a las demás veces, que hacía que el lugar me recordase más a los días en que Demetrio y yo nos reuníamos allí. Estaba ensimismada en mis recuerdos, cuando de nuevo él se me volvió a aparecer. Era la primera vez que lo hacía fuera de casa. Como en las veces anteriores, fueron sólo unos instantes, pero los suficientes para ver un brillo especial en su cara, mientras repetía señalando al roble: “*Míralos, ya han vuelto y han estercolado el fruto de nuestro encuentro*”. Con las mismas desapareció. Entonces me di cuenta de que era el ruido que los tordos hacían lo que daba al ambiente ese toque de nostalgia tan especial. Desde lo del rayo no habían vuelto y sí que me sorprendió su presencia, pero no le di más importancia. Fue hace unos días, al observarlos, cuando encontré sentido a todo lo que Demetrio me estaba diciendo. Lo había tenido delante de mis narices y no me había percatado de ello.

¡Era el muérdago! El muérdago era el fruto al que él se refería. En el roble que yo planté, nunca había crecido y, sin embargo, ahora estaba plagado de ello. Porque no sé si sabrás que esta planta parásita, se siembre como se siembre, no germina salvo si las aves comen sus bayas y las expelen con sus excrementos. Antiguamente se enjaulaban a los tordos y se les daba de comer sus frutos para producir con sus excrementos pegajosos liga para cazar pájaros. De ahí viene la famosa frase: “El tordo que estercola su muerte”. Eso es lo que he estado haciendo yo al cuidar el árbol: estercolar mi propia muerte. Llevo ya dos días tomando como único alimento decocciones de tallo y hojas de muérdago. Es fácil comprender que su efecto hipotensor harán que, poco a poco, mi ya de por sí delicado corazón se vaya debilitando y no creo que necesite muchas tazas más para dejar de latir. Pero por si acaso no acierto con la cantidad adecuada, ingeriré algunas bayas –en gran número son cardiotoxicas– y en mi estado tienen que ser definitivas.

He tomado la precaución de no salir de casa, aunque dudo que en mi situación actual pudiera alejarme mucho; de esta forma no tendrás dificultad para encontrarme y espero tener asegurado que alguien, porque confío que tú así lo tramites, me dé sepultura en el mismo lugar que ocupa Demetrio. En la repisa de la chimenea hay dinero para pagar el féretro y algún que otro gasto que pueda surgir. Lo siento por ti, pero sabes que era mi gran preocupación. No podía arriesgarme a morir cualquier día –no creo que me faltase mucho– y que mi cuerpo quedase a merced de los buitres o que, al cabo de los meses, alguien descubriera mi cadáver y algún juez del tres al cuarto decidiera, tras verificar que he muerto de puro vieja, incinerarme o enterrarme en alguna fosa anónima fuera del pueblo.

No debes considerar esto como un acto de cobardía. Es justamente todo lo contrario. No estoy dispuesta a abandonar Casar, ni siquiera una vez fallecida. Porque, aunque a primera vista parezca un pueblo deshabitado, Casar no ha muerto. Quedarán sus casas, muchas ya derrumbadas por el fluir de las goteras que desangrarán su techumbre y embarrigarán sus paredes hasta hacerlas reventar la miseria que llevan dentro; quedarán sus hayas... y el Prado del Monte con su roble. Pero sobre todo quedaremos nosotros: Celso, Justina, Fidela... Demetrio y yo. Seremos los únicos que no saldremos en tus fotos, pero a buen seguro que aquél que pase por aquí se verá envuelto en un silencio que le cubrirá como una protección transparente y, si presta atención, podrá oír las leves señales de vida que el tiempo soberano ha ido dejando entre sus piedras: sus voces, sus pisadas, sus risas y sus llantos.

**P.D.-** *Encima de la mesa hay varias ramas de muérdago en un jarrón. Que hagan con ellas una corona y la coloquen entrelazando las cruces de Demetrio y la mía –hace unos días que toscamente tallé una de madera y la puse junto a la suya– y extiendan sobre la tierra 35 bayas de muérdago; una por cada año que he estado sin él. Esta planta también se usa en muchas culturas para atraer los amores que se besan bajo su halo antes de despedir el año. Es la planta que simboliza la esperanza de amor eterno.*